

# ...con las REVISTAS

## PROBLEMAS ACTUALES DEL MUNDO CRISTIANO

«Religión y Cultura»; vol. V, n.17, Enero 1960

(Editorial. Al margen de una Pastoral)

El Episcopado de Lombardía dirigió hace unos meses a sus feligreses una Carta Colectiva muy interesante. El editorial de este número de Religión y Cultura nos presenta su visión de los problemas actuales del mundo cristiano. Podríamos tratar de comentar fraternalmente el diagnóstico.

El editorial parece fijarse con cierto empeño en las destemplanzas polémicas de los católicos entre sí. Quizás ha juzgado conveniente para nuestro ambiente español interpretar en tal sentido algunas ideas de la Carta.

—Estamos de acuerdo en que es muy conveniente evitar tales métodos contraproducentes de polémica. Atraer con cuidado al que peligra es mejor, en general, con tal que se eviten los posibles daños, que lanzar a cada instante el entredicho. La Iglesia nos da ejemplo. Hay que insistir en la caridad intelectual, en la delicadeza con el hermano. No está bien arrogarse la llave del dogma y la moral para sentar como infalibles nuestras opiniones y tachar de herético al que no piensa como nosotros. Aunque no conviene olvidar tampoco, para no caer en ingenuos, que todos los herejes antes de ser herejes fueron cristianos, y caminaron entre nuestras filas, contagiando el mal.

¿No habría que insistir más en otros puntos, si no queremos incurrir en el mismo defecto que atacamos: rencillas internas entre convencidos?

No conviene dar lugar a desdén y antipatía por un uso que es legítimo y aun necesario, dentro de los límites de la caridad y la verdad. Aunque lamentemos y deseemos que se eviten las formas desafortunadas de algunos, es conveniente a la Iglesia (su necesidad la demuestra la historia) la generosa actuación —viene a resultar un “santo oficio”, aunque sea con minúscula— de los que velan por la pureza de la doctrina. Está bien atacar las exageraciones y abusos, pero el uso no podrá suplantarse, a pesar de que pueda molestar a algunas mentalidades.

—Desde luego, como dije, no es del punto anterior del que trata la Carta comentada. Insistir en los defectos de la intransigencia abusiva es una desviación del sentido en que va dirigida, y puede conducir a falsear su significado global. Lo que preocupa a los Obispos de Lombardía es la nueva generación a la que para construir algo nuevo “nada le parece mejor que aceptar la ruina irreparable de todo valor, la inconstancia de todo ideal tradicional, la absurdidad de toda ley trascendente, comprendiendo en ella al cristianismo”. Su diagnóstico se centra en cuatro puntos: 1. Problematis-mo absoluto irreverente y aun despreciador de las bases de la cultura tradicional católica; 2. Un espiritualismo amargado de protesta; 3. Falta de co-

nocimiento y más todavía de aplicación de la doctrina social de la Iglesia, junto a una cierta simpatía hacia las ideas marxistas; 4. Manía de sobrepasar en moral privada y pública los límites de las "buenas costumbres".

—No es necesario ir lejos para encontrarnos con esas actitudes. Hemos visto (me detendré en un solo punto por ser capital en la Carta y de ordinario menos tratado) católicos que ignoran el planteamiento de los problemas fundamentales de su religión y se atreven a tachar de anquilosada, inadaptada e impotente a la cultura católica, mientras aceptan como dogma cualquier expresión feliz, aun transitoria, de autores no católicos. Y, por el contrario, no recuerdo a nadie que siendo profundo conocedor de su patrimonio católico adopte esos desplantes. Es preciso ahondar, enraizarnos en Cristo y en su Iglesia, y entonces estaremos capacitados para *adaptar y adoptar* —que es necesario—, como lo han hecho los santos y doctores que nos han precedido.

Se da hoy el tipo de clérigo y de joven religioso que blasona de anticlerical, y el católico que se presenta como ateo o comunista. Se toma a juego la propia identidad con tal de conseguir la patente de "original". Es verdad, hay quien parece vivir de frases y desplantes. Se quiere "salvar" las ideas cristianas de las "supersticiones medievales" y del "monopolio clerical" para insertarlas en la "vida moderna" "vestidas de paisano".

—Yo creo que en procurar la autenticidad deberíamos desear ser los primeros. Lo mismo que en purificar a la Iglesia Santa de las escorias que afeen su rostro por antiguas que ellas sean. Desprendernos de las supersticiones medievales, si alguna queda, sí; pero para idolatrar las ideas modernas o el snobismo diletante no merece la pena gritar. Que las ideas cristianas se vistan de clérigo o de seglar qué más da, con tal de que conserven su carácter sagrado. Lo que importa es que se conserve la fe, el misterio, la sobrenaturalidad. No se puede laicizar el mundo a costa de eso. Insistamos en que nosotros y nuestras ideas debemos presentarnos adaptados vitalmente en todo tiempo.

La enseñanza cristiana no dejará de partir de los enviados de Cristo, de la iglesia docente y clerical. De acuerdo, sin embargo, que esto no debe significar un candado y siete llaves al pensamiento cristiano del seglar, sino una norma, una luz que ilumine su ruta de avance y de investigación. Así las ideas vestidas de clérigo o de laico discurrirán por el cauce querido y señalado por Dios.

—La realidad, es que los Obispos lombardos denuncian la tendencia a considerar toda doctrina como simple problema, aunque esté confirmada por la recta razón o el magisterio eclesiástico.

—La dialéctica, se ha afirmado, impone su curso al pensamiento.

—Pero ¿a dónde irá a parar errante y vagabunda sin la luz que Dios le ha legado como segura guía?

Me parece que el Evangelio nunca nos da la impresión de esa laicidad y snobismo que se presentan con pretensiones de autenticidad. La Carta nos orienta hacia la vuelta a lo sagrado, la sensatez, la sumisión humilde, y la caridad sincera dentro de la Iglesia de Dios. Ni excentricidades despreocupadas, ni amargura descontentadiza. Honradez profesional, conocimiento de la doctrina social de la Iglesia, abrir fuentes de vida y de trabajo para los que pueden trabajar, respeto a las "buenas costumbres", sumisión y humildad en la Iglesia de Cristo. Esto sí suena a la seriedad y profunda alegría del Sermón de la Montaña.

*Manuel Ruiz Jurado, S. I.*